

Patricia Rodríguez Alomá, coordinadora

Cuba: las centralidades urbanas son los lugares de la memoria



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión M.

Coordinador editorial

Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial

Eusebio Leal Spengler

Fernando Carrión M.

Jaime Erazo Espinosa

Mariano Arana

Margarita Gutman

René Coulomb B.

Coordinadora

Patricia Rodríguez Alomá

Editora de estilo

Verónica Vacas

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-26-1

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Telf: (593-2) 246 2739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Primera edición: febrero de 2012

Quito, Ecuador

Contenido

Presentación	7
---------------------------	----------

Prólogo	9
----------------------	----------

Eusebio Leal Spengler

PARTE 1

MARCO NACIONAL

Consideraciones sobre el desarrollo urbano sustentable en Cuba	17
---	-----------

Carlos García Pleyán

Otra vez sobre lo nuevo y lo viejo	31
---	-----------

Isabel Rigol Savio

PARTE 2

LA HABANA, CIUDAD CAPITAL

La ciudad y la ley	61
---------------------------------	-----------

María Victoria Zardoya Loureda

Pasión y prejuicio en la construcción del patrimonio de La Habana	89
--	-----------

Alina Ochoa Alomá

Imaginario urbano de La Habana	137
Félix Julio Alfonso López	

Un marco conceptual para la gestión del desarrollo integral de los centros históricos: el caso de La Habana Vieja	163
Patricia Rodríguez Alomá	

Del parque Habana a la Plaza Vieja: historia de una transformación integral	219
Patricia Arteaga, Patricia Baroni, Pablo Fonet y J. Miguel Arrugaeta	

Experiencias del proyecto de seguridad pública en el centro histórico de La Habana	259
Rosa Carmen González Lorenzo y Carlos Armando Villanueva Morgado	

PARTE 3

EXPERIENCIAS EN CUATRO CIUDADES PATRIMONIALES: CIENFUEGOS, TRINIDAD, CAMAGÜEY Y SANTIAGO DE CUBA

Centro histórico de Cienfuegos. Centralidad y modelo de gestión en una ciudad del siglo XIX declarada Patrimonio Mundial	293
Irán Millán Cuétara	

El centro histórico de Trinidad como centralidad urbana. Modelo de gestión y políticas	329
Nancy Benítez Vázquez	

La Oficina del Historiador de la ciudad de Camagüey. Modelo de gestión	351
José Rodríguez Barreras	

El centro histórico de Santiago de Cuba, donde el plan y la gestión se dan las manos	365
Omar López Rodríguez, Gisela Mayo Gómez, Odalís Quintana Catón e Ivette Borjas Martín	

Imaginarios urbanos de La Habana

Félix Julio Alfonso López¹

Imaginar lo urbano

Dentro de las diversas representaciones simbólicas que toda sociedad humana construye e incorpora a su producción de sentidos, las que se relacionan con la vida en los espacios urbanos tienen una enorme significación. Las ciudades son los espacios donde se desarrolla la civilización contemporánea, y aunque grandes grupos humanos todavía viven en áreas rurales, las tendencias urbanizadoras han sido intensas en las últimas décadas, como se puede apreciar en el crecimiento desproporcionado de las grandes urbes, llamadas megalópolis o hiperciudades². En consecuencia, la reflexión sobre los imaginarios urbanos como matrices productoras de sentidos ha comenzado a ocupar una parcela no despreciable del conocimiento social sobre las ciudades en la segunda mitad del siglo XX y hasta el presente. Esta manera de mirar a las metrópolis contemporáneas, no

1 Historiador, ensayista y profesor del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana.

2 De acuerdo con las proyecciones de Naciones Unidas, de seguir el actual ritmo de urbanización, la proporción de personas viviendo en las ciudades será el 60% del total en 2030. Cuatro de estas aglomeraciones se ubican en América Latina: Ciudad de México, San Pablo, Río de Janeiro y Buenos Aires. En términos porcentuales, la población urbana de esta región sobrepasa a la de Europa y se acerca a las cifras de Estados Unidos.

solo como objetos físicos sino a través del prisma de los estudios culturales, se enlaza con otras tradiciones y disciplinas de las ciencias humanas, tales como la antropología social, la historia cultural, la sociología histórica, la crítica de artes y de literatura, la semiótica y la psicología.

Esto es así porque la indagación en la dimensión cultural del hábitat urbano está estrechamente unida a las dimensiones simbólicas de la vida cotidiana, a las identidades particulares de las clases, grupos y sectores que pueblan la urbe, y a sus emblemas, mitologías, afinidades, resistencias, representaciones y maneras de entender la existencia. En opinión del sociólogo y especialista en desarrollo urbano chileno Ricardo Greene:

Los espacios urbanos no son solo la suma de sus componentes físicos, sino que están contruidos también con ladrillos de materiales intangibles: retazos de crónicas inconclusas, recuerdos que se asientan en lugares determinados, huellas de rincones, temblores y tonalidades, con los que se configuran los mapas afectivos de cada urbe. Así, detrás de cada elemento físico, agazapada tras cada pieza urbana, descansa incansable una batería inarticulada de imágenes, racionalidades y operaciones tanto o más compleja que la propia ciudad material, y que vale la pena intentar desentrañar (Greene, 2008).

Sin embargo, la propia diversidad de los discursos que atraviesan los estudios culturales urbanos, en ocasiones, torna difícil lograr definirlos como una disciplina con un campo de estudio bien definido. Más bien, sucede lo contrario, sus bordes se tornan borrosos o difusos, y la porosidad de sus tanteos hace que sus conclusiones, muchas veces, no sean definitivas. En este contexto se produce lo que el arquitecto e historiador argentino Adrián Gorelik llamó el “malestar” con los estudios urbanos desde la óptica cultural, y en particular con el campo de los “imaginarios urbanos” como forma de acercamiento al conocimiento de la ciudad. Según Gorelik, el concepto de *imaginarios urbanos* era problemático porque ponía en contacto dimensiones de contenidos diferentes:

Los imaginarios urbanos como reflexión cultural (por lo general, académica) sobre las más diversas maneras en que las sociedades se representan a sí mismas en las ciudades y construyen sus modos de comunicación y sus códigos de comprensión de la vida urbana, y la imaginación urbana como dimensión de la reflexión político técnica (por lo general concentrada en un manejo de profesiones: arquitectura, urbanística, planificación) acerca de cómo la ciudad debe ser (Gorelik, 2002).

Es decir, por un lado está el contenido polisémico y heterogéneo de lo imaginario, que puede soportar muchos significados diferentes, y, por otro, el carácter proyectual de la acepción *imaginación urbana*. Sin embargo, no deja de reconocer que tales estudios pueden tener un impacto real sobre las políticas públicas de las municipalidades, pues se trata de conocer cuáles son los deseos de la gente a partir de sus representaciones simbólicas de la urbe, desde los colores que prefieren como signo de identidad, lo que expresan los graffitis en las paredes como protesta social, o incluso elementos de un alto grado de subjetividad, como la manera en que se producen y circulan los rumores (Gorelik, 2002).

La propia palabra y el concepto de *imaginario* tienen una historia propia que no debe ser ignorada. De hecho, en la tradición del pensamiento occidental, la *imaginación*, lo *imaginado* o lo *imaginario* ha soportado el estigma de lo *no verdadero*, *falso* o *ilusorio*. Esta desvalorización solo fue superada cuando las ciencias sociales empezaron a descubrir y otorgar valor a los aspectos de la subjetividad humana, sus representaciones, sistemas simbólicos, memorias colectivas y mentalidades. Desde esta perspectiva, el lenguaje, los mitos, las religiones, las costumbres y el arte entraron a formar parte del dominio del *imaginario social*.

El concepto de imaginario social fue acuñado por el filósofo y psicoanalista francés de origen griego Cornelius Castoriadis (1922-1997). Esta idea engloba instituciones, leyes, creencias, comportamientos y tradiciones que sobrepasan cualquier ontología determinista, y tiene un carácter sociohistórico. Estos imaginarios sociales sirven no solo para expresar valoraciones, percepciones o prácticas humanas, sino también para explicar, percibir o

intervenir sobre la realidad. En otro sentido, los imaginarios sociales reflejan modelos de legitimidad, identidad y pertenencia, y están en permanente tensión con la realidad que los circunda.

Cada ciudad tiene sus propios mitos, leyendas, fábulas y tradiciones, es decir, sus imaginarios específicos. También hay ciudades que han sido immortalizadas en el arte y la literatura, con evocaciones reales o inventadas de sus encantos, misterios, glorias y desventuras. Así, es posible asomarse al Londres de Dickens, Conan Doyle y Chesterton; el París de Balzac, Baudelaire y Renoir; el Dublín de Joyce; el Buenos Aires de Borges, Marechal y Gardel; la Alejandría de Durrell; la Venecia de Canaletto; el México de Alfonso Reyes y Carlos Fuentes; La Habana de Villaverde, Carpentier, Lezama, Cabrera Infante y los pintores de la vanguardia cubana.

En resumen, y siguiendo a Néstor García Canclini, la ciudad “se concibe tanto como un lugar para vivir, como un espacio imaginado” (García Canclini, 1999: 76). Este sería el escenario en que la población de la ciudad asume estrategias y formas de vivir de acuerdo a sus condiciones individuales, históricas, socioeconómicas y culturales, y también el modo en que se asume el pasado, la memoria colectiva de la ciudad, y se realiza esa condición especial de todo acto de imaginación que es soñar con un futuro mejor.

La Habana como metáfora de Cuba

Uno de los imaginarios más extendidos y profundos entre los habitantes de La Habana, sean o no nacidos en ella, es el que la concibe como centro neurálgico del país. Esta noción de centralidad extrema, si bien puede ser hiperbolizada, en sus orígenes responde a una historia anterior. La Habana ha sido, a lo largo de sus casi cinco siglos de existencia, la gran metrópoli de Las Antillas. Desde mediados del siglo XVI, cuando los gobernadores españoles fijaron su residencia en ella y se convirtió en el principal puerto de escala de las flotas que regresaban a España con los tesoros de América, la capital insular no ha

dejado de ser imaginada, narrada, pintada y cantada como una gran ciudad, de bella arquitectura y opulenta.

La rada de la villa, puerta de entrada y salida de viajeros y mercancías, ha sido, quizá, la metáfora más utilizada para destacar su importancia, con su amplia bahía resguardada por imponentes fortalezas. No por casualidad se le llamó, ostentosamente, “llave del Nuevo Mundo” y “antemural de las Indias Occidentales”. Así se aprecia, por ejemplo, en siguiente texto del siglo XVII:

¡Oh, Havana! Puerto ilustre, erario seguro, reposo de los mayores tesoros que ha visto el universo. No solo conozco lo que eres sino también lo mucho que intrínsecamente vales (...) ¡Oh, Havana!, ante tu formal grandeza célebre serás en la posteridad de los siglos” (Dávila Orejón, 1663).

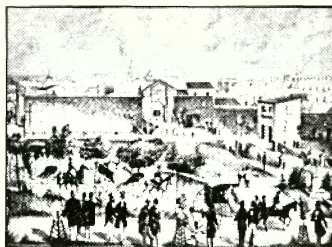
El sentimiento de superioridad acompañó también a la pujante burguesía criolla, que se constituyó gracias al gran negocio azucarero durante los siglos XVIII y XIX. Uno de sus precursores, el regidor e historiador José Martín Félix de Arrate, dejó el testimonio del modo de vida de sus compatriotas habaneros, donde resalta su modernidad, esplendor y buen gusto, amén de sus cuantiosas fortunas:

El traje usual de los hombres y de las mujeres en esta ciudad es el mismo, sin diferencia, que el que se estila y usa en los más celebrados de España, de donde se le introducen y comunican inmediatamente las nuevas modas con el frecuente tráfico de los castellanos en este puerto. De modo que apenas es visto el nuevo ropaje, cuando ya es imitado en la especialidad del corte, en el buen gusto del color y en la nobleza del género, no escaseándose para el vestuario los lienzos y encajes más finos, las guarniciones y galones más ricos, los tisús y telas de más precio, ni los tejidos de seda de obras más primorosas y de tintes más delicados. Y no solo se toca este costoso esmero en el ornato exterior de las personas, así también en la compostura interior de las casas, en donde proporcionalmente son las alhajas y muebles muy exquisitos, pudiendo decirse sin ponderación que en cuanto al porte

y esplendor de los vecinos, no iguala a La Habana, México ni Lima, sin embargo de la riqueza y profusión de ambas Cortes, pues en ellas, se ahorra o se oscurece en parte la ostentación, pompa y gala; pero acá siempre es igual y permanente, aún en los individuos de menor clase y conveniencia, porque el aseo y atavío del caballero o rico excita o mueve al plebeyo y pobre oficial a la imitación y tal vez a la competencia (Félix de Arrate, 1964: 95).

Semejante nivel de vida era posible por la riqueza extraída a miles de brazos esclavos en las plantaciones de azúcar del poniente insular, al tiempo que se instauraban profundas asimetrías entre la zona occidental de la isla —sede del emporio azucarero— y el resto del país, ganadero y agricultor. De esta manera, se diseñaron dos grandes espacios o complejos socioeconómicos, que no surgieron de la plantación pero alcanzaron en ella su mayor antinomia; el historiador Juan Pérez de la Riva (1974) los designó como Cuba A y Cuba B. La Habana es el centro alrededor del cual gira la vida económica, política y social de la privilegiada Cuba A.

Imagen 1. Paseos de la burguesía habanera por el Prado



Fuente: Grabado iluminado de Federico Mialhe, Archivo histórico de la OHC

Esta condición de urbe hegemónica, superior en muchos aspectos a sus homólogas americanas y a su metrópoli europea, ha desarrollado un imaginario urbano que la sitúa como centro irradiador de la geo-

grafía cubana, al tiempo que excluye todo lo que no se somete a su poderosa fuerza centrípeta. Por ello es frecuente escuchar en el habla popular la frase que reza: “Cuba es La Habana, y lo demás es paisaje”, en alusión a una singular cartografía donde el “paisaje” no se refiere solo a zonas rurales, sino también a ciudades y poblaciones de segundo orden, que no pueden alcanzar la jerarquía de la ciudad capital. Una variación de esta “teoría malvada”, a decir del poeta Norberto Codina, es la que predica que “Cuba se divide en dos partes, el campo y el Vedado” (Codina, 2006: 121), igualando la ciudad con uno de sus barrios más elegantes y aristocráticos. Por último, una versión ingeniosa de esta noción “habanocéntrica” realiza una curiosa mezcla entre imaginario gastronómico y urbano, y explica que: “Para vianda la carne de puerco y para guardarraya La Rampa”, en referencia a una de las zonas más concurridas y cosmopolitas del exclusivo Vedado³.

Fotografía 1. La Rampa, años 50



Fuente: Fototeca de la OHC

3 Agradezco a la arquitecta Isabel León por haberme facilitado algunos de estos fraseologismos.

Otro aspecto que ha promovido la mitología de La Habana como ciudad "centro" o ciudad que simboliza al país es el hecho de que, en su espacio, las clases dominantes insulares incorporaron rápidamente los más novedosos adelantos científico-técnicos y tecnológicos de la época. Esto reforzó el estereotipo de urbe moderna, desarrollada y dinámica. Huelga decir que tales progresos eran en beneficio mayoritario de los sectores que controlaban el país, aunque pudieran constituir motivo de orgullo también para miembros de las clases subalternas.

Entre la larga lista de inventos y artilugios tecnológicos adoptados, en lo que la isla fue pionera, se cuentan la máquina de vapor, instalada en un ingenio de azúcar tan solo nueve años después de otorgada la última patente a los hermanos Watt; y el ferrocarril (1837), séptimo en el mundo y primero en Latinoamérica, además de anticiparse también a su atrasada metrópoli. En 1847, en la ciudad, se realizó la primera intervención quirúrgica con anestesia, a pocos meses de que se practicara la primera en el mundo, en Boston, Estados Unidos. En 1853 se instaló la primera línea telegráfica, entre La Habana y Bejucal, siguiendo el camino de hierro que unía a ambas localidades; y por entonces también se lanzó el primer cable telegráfico submarino, que llegaba hasta la Florida, conectando Cuba con la red internacional.

Asimismo, La Habana estuvo entre las primeras ciudades que contaron con alumbrado de gas (1845), luz eléctrica (1877), telefonía (1879) y una proyección cinematográfica (1897). A ello debe sumarse el funcionamiento de los tres cables telefónicos de profundidad más largos del mundo en la época, tendidos entre La Habana y Cayo Hueso en 1921. En cuanto a medios de comunicación masiva, la primera emisión comercial de radio se produjo en 1922, la imagen televisiva inaugural fue transmitida en 1950 y la TV en color se pudo ver en 1957, y en todos los casos entre los pioneros del mundo.

Sin embargo, tales adelantos no deben ocultar que nos hallamos en presencia de la capital de un país productor de un rubro primario, el azúcar, y con una fuerte dependencia de todo tipo de Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX, lo que explicaría su condición

de receptora de muchos inventos realizados en aquel país. La Habana era el reflejo del capitalismo subdesarrollado cubano, un gran centro cosmopolita que, a su vez, expresaba graves desequilibrios sociales y que albergaba casi al 20% de su población al triunfo de la Revolución. La herencia de este pasado neocolonial fue atenuada, pero no desapareció, durante la etapa revolucionaria. El escritor Ambrosio Fornet recuerda cómo, en la década de 1970, otro destacado intelectual, el villareño Samuel Feijóo, decía: “no sin amargura, que en Cuba seguía existiendo el *capitalismo* con un simple cambio de género; ahora el término no aludía al predominio *del* capital, sino de *la* capital” (Fornet, 2002: 67).

Una última prueba de la persistencia de este imaginario de ciudad/país lo constituye la aparición, en años recientes, de un redundante eslogan que reza: “La Habana es la capital de todos lo cubanos”. Repetida con ligereza en algunos medios de comunicación y reproducida en vallas anunciadoras, la frase peca de superflua y pedante, y nada aporta al realce de los valores históricos y culturales de la ciudad.

Pregones, carnavales y vitrolas

Desde finales del siglo XVI, fecha en la que, según el historiador José María de la Torre, en La Habana había solo cuatro músicos que mediante precios económicos asistían a las reuniones a tocar, la ciudad ha sido identificada como una entidad musical por excelencia, pródiga en sonoridades y ruidos de toda índole. Los mencionados músicos eran los violinistas Pedro Almanza y Pascual de Gehva, españoles, el clarinetista Jácome Viceira, portugués, y la negra Micaela Ginés, quien tocaba la vigüela; ellos llevaban acompañantes para rascar el calabozo y tocar las castañuelas.

Sin embargo, las primeras armonías que tuvo la urbe no salieron de aquellos primitivos instrumentos musicales, sino de los pregones de las negras y mulatas dulceras, con sus canastas repletas de frutas, pasteles, buñuelos, tortillas de maíz y otras confituras. A ello se unió el canto

ancestral de los esclavos en los muelles y casas señoriales, fundido luego con otras tradiciones europeas y americanas para dar origen a la música popular cubana.

El pregón callejero, hoy bastante modificado y disminuido en su calidad original, constituía una verdadera estrategia de ventas con imaginación y buen gusto en el decir, además de su originalidad sonora, pues cada uno de los pregoneros tenía cantos e instrumentos específicos para anunciar su mercancía, como en el caso del caramillo del amolador de tijeras y cuchillos. El escritor Alejo Carpentier hizo esta aguda observación a propósito del pregón habanero:

Hay, además, una característica común a la mayoría de nuestros pregoneros, casi todos se cantan en tono menor, con cierto dejo melancólico, lo que es, psicológicamente hablando, un contrasentido, ya que el modo mayor sería más brillante, y, por lo tanto, más comercial. Aún recuerdo aquel pregonero de mi niñez que clamaba, con voz estentórea, por las mañanas: “Para pantalón y saco, traigo perchero barato”. Y remataba su frase con una cadencia descendente, en pura vocalización, pasando de menor a mayor, de medieval a criollo (Carpentier, 2006: 60).

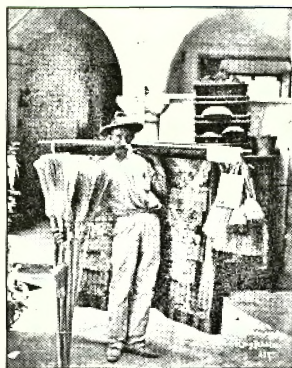
En La Habana de todas las épocas se han anunciado infinidad de productos y servicios, reparación de colchones, afilamiento de tijeras, composición de bateas, todo género de frutas, globos, botellas, alimentos, helados, dulces, flores, percheros, escobas, baratijas, y entre toda esta algarabía de gritos cadenciosos, sobresalía, en la República, la voz poderosa de los vendedores de periódicos y billetes de lotería (Barnet, 1999).

Imagen 2. El Casero



Fuente: Grabado de Federico Mialhe, Archivo histórico de la OHC

Fotografía 2. Vendedor ambulante de escobas



Fuente: Fototeca de la OHC

Se conocen varios pregones musicalizados, como *El Botellero*, de Gilberto Valdés; *El Florero*, de Ernesto Lecuona; *El Yerberero*, de Néstor Milí; o *El Panquelerero*, cantado por Abelardo Barroso, pero el más famoso de los pregones cubanos llevados al pentagrama es *El Manisero*. Este

canto fue compuesto por Moisés Simons en un popular café situado en la esquina de las calles San José y Amistad, en el corazón de La Habana, al ver pasar un emigrante asiático pregonando la venta de cucuruchos de maní tostado. Cuenta la leyenda que Simons escribió la letra en una servilleta, guardó la melodía en su cabeza y luego la trasladó al piano. El hecho tuvo lugar en 1928 y fue immortalizado por la cantante Rita Montaner y por Antonio Machín, con la orquesta de Don Azpiazu, que difundió la obra en Estados Unidos y Europa. Su letra inconfundible reza:

Maní,
manisero,
maní,
si te quieres por el pico divertir
cómprame un cucuruchito de maní.

Cuando la calle sola está,
casera de mi corazón,
el manisero entona su pregón
y si la niña escucha su cantar,
llama desde su balcón.

¡Dame de tu maní!,
Maní, manisero se va,
Manisero... se va...

Junto al de los pregoneros, uno de los espectáculos más bulliciosos y coloridos de aquella urbe colonial era la festividad conocida como Día de Reyes, celebrada cada seis de enero por los cabildos africanos, con anuencia de las autoridades políticas coloniales. Una de las más vívidas descripciones de aquel ritual se debe a la pluma del etnógrafo Fernando Ortiz:

Aquel día el África negra y ultratlántica con sus hijos, sus vestidos, sus músicas, sus lenguajes y cantos, sus bailes y ceremonias, sus religiones

e instituciones políticas, se trasladaba a Cuba, principalmente a La Habana. La esclavitud (...) atenuaba aquel día su tiránico poderío y cada negro se reunía en la calle, con los suyos, con los de su tribu, con sus *carabelas*, ufanamente trajeado con los atavíos ceremoniales e indumentarias de su país, dando al aire sus monótonos y excitantes canturreos africanos, aturdiendo con el ruido de sus atabales, campanas, tambores y demás instrumentos primitivos y, sobre todo, gozando de la ilusión de la libertad, en una orgía de ritos, bailes, músicas, canto y aguardiente (Ortiz, 1984: 41-42).

Imagen 3. Fiesta del Día de Reyes



Fuente: Grabado de Federico Mialhe, Archivo histórico de la OHC.

Las mascaradas que el viajero italiano Gemelli Careri describió durante su estancia habanera a fines del siglo XVII quizá sean un antecedente de estas festividades: “El domingo 9 de febrero [de 1698], los negros y mulatos, con pintorescos atuendos, formaron una congregación para divertirse en el carnaval” (Careri, 1981: 260).

Todas estas influencias han hecho del carnaval habanero, con sus palpitantes y coloridas carrozas, congas y comparsas, una de las más poderosas imágenes culturales de la ciudad. En sus momentos de máximo esplendor fue comparado con los de Venecia, Río de Janeiro y Nueva Orleans, por la fastuosidad de sus decorados, muñecons y

farolas, a lo que se suma la calidad de sus agrupaciones musicales y danzarias. Así lo recuerda la poetisa Rafaela Chacón Nardi:

Un acontecimiento multitudinario familiar para los habaneros de los tiempos era el carnaval. Se celebraba en invierno, durante los meses de febrero y marzo. Mientras duraba, la ciudad asumía un rostro engañosamente feliz. (...) Por la Avenida del Puerto desde el Parque Maceo al Prado y por este hasta la Fuente de la India se volcaba una multitud ávida de admirar los festejos carnalescos (...) los domingos desde tempranas horas de la tarde, desfilaban carrozas, autos descapotados y coches de caballos con pasajeros enfundados en los más variados disfraces (...) los sábados en la noche, miles de personas acudían a ver el fabuloso desfile de comparsas tradicionales como las de El Alacrán, Las Bolleras o Los Guaracheros de Regla. En esta formidable fiesta de ritmo y color lo afrocubano ocupaba decisivo espacio (Chacón, 2002: 45-46).

Fotografía 3. Carnaval de La Habana a inicios del siglo XX

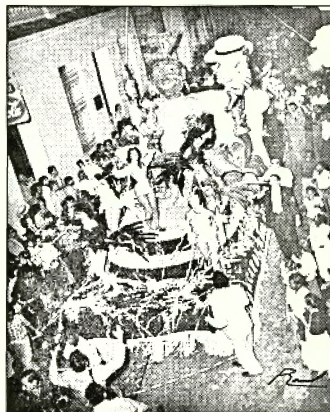


Fuente: Fototeca de la OHC

A pesar de prohibiciones acontecidas en épocas anteriores, y de los cambios estructurales sucedidos en su celebración en los últimos

tiempos, los habaneros añoran su carnaval y se sienten entusiasmados porque su revitalización sea una realidad definitiva. Mientras tanto, los habitantes de la ciudad siguen “arrollando” detrás de las comparsas *El Alacrán* (“Yo me voy con el Alacrán / aunque mi madre me pegue”), *Las Bolleras* (“va gozando la conga Las Bolleras / a los acordes de su ritmo tropical”), *La Jardinera* (“Flores, flores, ahí viene La Jardinera / viene regando flores”), *Los Dandys* (“Mamita, Los Dandys tienen / lo que yo andaba buscando”) y tantos otros cortejos de la noche carnavalesca (Orovio, 2005).

Fotografía 4. Comparsa del carnaval habanero



Fuente: Fototeca de la OHC

Esta exuberante musicalidad, por supuesto, se fue acrecentando con el tiempo, y numerosos testimonios nos hablan de los incontables bailes, saraos, fiestas, toques y festejos de toda índole, que acompañan la memoria de la ciudad con un sinfín de sonidos, voces, gritos y armonías; sin contar las abundantes orquestas y conjuntos que, en teatros o al aire libre, han contagiado con sus ritmos a una población bailadora

por antonomasia. La música a toda voz inundando las calles es algo que se puede constatar en cada barrio habanero, especialmente en aquellos de origen más humilde, donde es posible escuchar sonoridades arrancadas a botellas, maracas, pitos, cencerros y sartenes. De ahí el imaginario de ciudad bullanguera y escandalosa con que es conocida La Habana.

Un elemento destacado del imaginario musical, infaltable en los bares y bodegas de la ciudad, por lo menos hasta la década de 1960, eran las vitrolas, máquinas reproductoras de discos que han comenzado a reaparecer en algunos centros turísticos como reminiscencias del ambiente sonoro de los años 40 y 50 del siglo XX. Según la memoria de un testigo de aquellos años:

Las vitrolas fueron un gran escándalo en La Habana. Detrás de ellas había un gran negocio. Recuerdo que uno de los temas recurrentes de la política de este país durante años fue si la legalizaban o no. Cada bodega tenía una parte que era un bar donde se reunían los hombres a beber y a jugar cubilete —otra costumbre— y en esa parte se situaba la victrola. Uno podía ir caminando por las calles escuchando sin intermitencia las tonadas de moda de la época sin perder una sola nota musical. Aquel ruido era parte de La Habana (Jiménez, 2002: 29).

Por último, persiste otro tipo de sonoridad ruidosa en la ciudad, y es la que tiene que ver con el uso indiscriminado del claxon de los automóviles, la música reproducida a altos decibeles que irrespeta horarios y lugares, y las personas que se comunican a gritos de una acera a otra, sin que sea posible distinguir si se trata de un saludo, una conversación o una disputa.

Olores y sabores

Algo que siempre identificó a La Habana desde sus orígenes fueron sus fuertes olores, como resultado de la cercanía del puerto y sus almacenes, que contenían pescados, carnes saladas y otros alimentos de fácil

descomposición por el calor del trópico. El novelista Alejo Carpentier nos ha dejado una magistral descripción de todos los olores posibles en la ciudad de fines del siglo XVIII, en una verdadera sinfonía de efluvios, emanaciones, vahos, pestilencias y fragancias:

A arcilla olían los tejados húmedos; a musgos viejos los paredones todavía mojados; a aceites muy hervidos las frituras y torrijas de los puestos esquineros; a fogata en Isla de Especias, los tostaderos de café (...) Pero el tasajo, sin equívoco posible, olía a tasajo; tasajo omnipresente, guardado en todos los sótanos y trasfondos, cuya acritud reinaba en la ciudad, invadiendo los palacios, impregnando las cortinas, desafiando el incienso de las iglesias, metido en las funciones de ópera (...) como antídoto de tanta cecina presente, desembocaba de pronto, como por el respiradero de una calle sin salida, el noble aroma del tabaco (...) todavía viviente y vegetal en medio del tasajo que lo encuadraba y dividía (Carpentier, 1993: 19).

Otro tipo de olor era el que emanaba de las calles fétidas y desaseadas, al no existir alcantarillado público hasta la primera mitad del siglo XIX, bajo el gobierno del general Miguel Tacón y Rosique. En sus *Cartas habaneras*, el funcionario inglés Francis Robert Jameson dejó una visión deplorable del estado higiénico de la ciudad en 1820 y sus consiguientes hedores:

La situación de La Habana es demasiado favorable a la propagación y desarrollo de enfermedades, encontrándose rodeada, además de por sus fortificaciones, por un círculo de terrenos elevados que impiden la libre circulación del aire y ocasiona una atmósfera estancada de vapores fétidos, emitidos por una población amontonada y por las orillas pantanosas del puerto. (...) al entrar en el puerto, uno se da cuenta de un poderoso motivo de la enfermedad, el insoportable mal olor de los almacenes y bacalao que se importan para sustento de los negros. Aparecen a la vista una multitud de calles estrechas, cada una de las cuales hace su aporte a la asamblea de malos olores, por la carencia de alcantarillado y pavimento, y los surcos, hechos en la tierra por las ruedas y los caballos, llenos siempre de basura (Jameson, 1981: 50-51).

Pero junto a estos olores desagradables también era posible aspirar aromas tentadores como el de las frutas maduras (mangos, anones, mameyes, piñas, guanábanas, melones, naranjas, plátanos, etc.) que se amontonaban en las carretillas de los vendedores callejeros, o el de las comidas rápidas y bocadillos, generalmente fritos, que salía de las innumerables fondas y establecimientos gastronómicos, muchos de ellos administrados por inmigrantes chinos. Las referencias a olores y sabores de alimentos dorados por el aceite o la grasa animal se repiten sin cesar en múltiples testimonios.

No existía comida en la que no hubiera que freír algo, y eso uno lo encontraba en todas partes, no solamente en el puesto de fritas, que es la versión cubana del *hamburger* americano. Y había un olor por toda la ciudad a fritada, en específico con manteca de cerdo, porque el cubano cuando aquello no utilizaba aceite, salvo el de oliva (Jiménez, 2002: 31).

Lo frito devino en signo de identidad de la cocina habanera, y encontró su lugar en los diccionarios del habla popular. A manera de ejemplo, el sabio polígrafo Fernando Ortiz le dedica una entrada en su *Nuevo catauro de cubanismos*, donde distingue entre “fritura” y “fritada”, y señala, además, que “cuando la cosa frita lo es sin aderezo o compostura, entonces no es ‘fritura’. Así, el pescado ‘frito’ no es igual a la ‘fritura de pescado’ (Ortiz, 1974: 259). Lo cierto es que la “frita”, “bolitas de carne bien condimentada, colocadas entre dos tapas de pan untadas con mostaza y *catsup* y con la provisión correspondiente de malanga o boniato frito cortados a la juliana” (Bianchi, 2008), se convirtió en el comestible popular por antonomasia en La Habana de la primera mitad del siglo XX, y Fernando Ortiz la señala como sinónimo de comida: “No gana ni para la *frita*, hay que buscarse la *frita*” (Ortiz, 1974: 259).

El ensayista Jorge Mañach, en una crónica costumbrista de 1926, recoge el “picante hedor de aceite abrasado” de los puestos de fritas del litoral habanero, en los que “la grasa crepita alegremente y los ta-

maleros pregonan con su voz guasona: “Pica, mulatona... !Piícaj [sic]” (Mañach, 2000: 105). Según el periodista Ciro Bianchi Ross, gran conocedor de las tradiciones habaneras:

El puesto de fritas era una de las instituciones inmovibles del barrio, como lo fueron la bodega, el café y el puesto de chinos (...)
Con lo que ellos expendían la gente no se alimentaba, pero se llenaba.
Y todo por unos pocos centavos. De ahí que, tanto a los puestos de frita como a los de chinos, se les llamara “casas de socorro” (Bianchi, 2008).

La prueba de que el imaginario de la frita se resiste a desaparecer del gusto de los habaneros, a pesar de las *pizzas*, hamburguesas y otras variantes de comida rápida importadas, es la tímida apertura de un nuevo puesto de fritas en uno de los restaurantes de La Habana Vieja, Puerto de Sagua, cerca de la terminal de ferrocarriles.

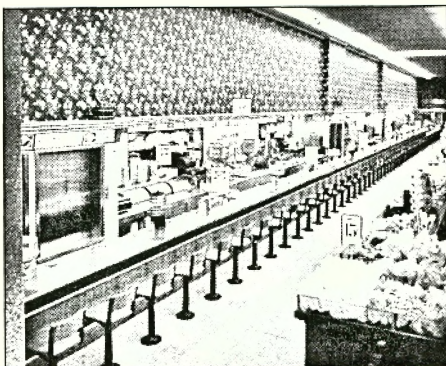
Otro alimento particular de los habaneros fue siempre el café con leche, unión que consagra la popular infusión con el nutritivo cuajo vacuno. Se sabe que los ciudadanos gustaban de consumir la leche de vacas y chivas directamente de sus ubres, y las imágenes de comienzos del siglo XX nos han dejado testimonios de estas prácticas, no siempre higiénicas pero invariablemente sabrosas. El café o la cafetería eran espacios públicos privilegiados desde el siglo XIX, como el de La Taberna, La Dominica, el León de Oro y el célebre de Escauriza. En los barrios, durante la etapa republicana, el café aún tuvo gran importancia como lugar de sociabilidad, pues allí se reunían los parroquianos a conversar de temas de actualidad política o del juego de pelota. Invariablemente, la plática se acompañaba de un café con leche, elevado a la categoría de “plato nacional”, junto con el ajiaco (Jímenez, 2002: 28). En el ámbito familiar, Ambrosio Fornet recuerda cómo, a diferencia de los cubanos del “interior”, los habaneros no tomaban agua *antes* del café, y solían cenar bocadillos y fritas acompañados con café con leche, lo que provocaba el comentario irónico de los provincianos: “Estos habaneros son unos muertos de hambre, mira lo que comen, da pena...” (Fornet, 2002: 77).

Fotografía 5. Venta de café en
el bar La Cruz Verde



Fuente: Fototeca de la OHC

Fotografía 6. Cafetería del Ten Cent de Galiano en
los años cincuenta



Fuente: Fototeca de la OHC

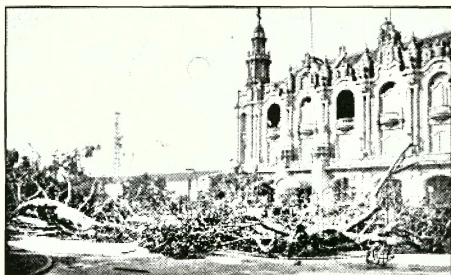
Ciclones

Según la cosmogonía maya, el dios cojo Huracán surgió del corazón del cielo para gobernar el trueno, el rayo, los vientos y las tempestades. Huracán es también una palabra presente en el lenguaje de los arua-cos, tronco étnico al que pertenecían los aborígenes cubanos, quienes representaron en sus pinturas rupestres espirales como las del ciclón, y se supone que la danza del areíto giraba en contra de las manecillas del reloj, al igual que los huracanes (Ortiz, 1965). El ciclón ha sido una compañía para los habitantes de Cuba desde los tiempos precolombinos, y de todos los huracanes que han azotado la isla en los últimos doscientos años, se estima que más de un tercio han afectado a La Habana y zonas limítrofes⁴.

Semejante estadística ha desplegado entre los habaneros un imaginario bastante extendido sobre los ciclones y sus consecuencias, al tiempo que se recuerdan las grandes tragedias de su paso por la ciudad durante la llamada tormenta de San Francisco de Borja, en 1846, y los célebres ciclones de 1926 y 1944. En los anales meteorológicos se recoge que el del 11 de octubre de 1846 destruyó numerosas casas y embarcaciones surtas en el puerto, y registró un valor mínimo de presión atmosférica de 916 hectopascales, el más bajo reportado en Cuba; y en el del 20 de octubre de 1926, la fuerza del viento arrancó los anemómetros del Observatorio Nacional y dejó 600 muertos, 9.000 heridos y 30.000 damnificados. Otro ciclón muy destructivo fue el huracán de San Lucas, que barrió la capital cubana el 18 de octubre de 1944, arrancó de cuajo los laureles del Prado y se midieron, en la estación de Casablanca, rachas de viento de 263 km por hora.

4 La bibliografía sobre huracanes en Cuba es bastante numerosa, y cuenta con estudios como los del jesuita Benito Viñes (1877), José Carlos Millás (1923), M. Gutiérrez Lanza (1934), Fernando Ortiz (1946) y Louis A. Pérez Jr. (2001).

Fotografía 7. Árboles derribados en el Prado por el ciclón de 1926



Fuente: Fototeca de la OHC

Junto a las tradiciones orales, la literatura insular también reflejó los avatares ciclónicos. En la década de 1820, el poeta José María Heredia (2003: 223) trazó con ademán romántico las furias del huracán:

Huracán, huracán, venir te siento
y en tu soplo abrazado
respiro entusiasmado
del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
vedle rodar por el espacio inmenso,
silencioso, tremendo, irresistible,
en su curso veloz. La tierra en calma
sinistra, misteriosa,
contempla con pavor su faz terrible.

Un siglo más tarde, el ciclón de 1926 inspiró al cantautor Sindo Garay y su famosa pieza *El huracán y la palma*, en cuya letra el árbol deviene en símbolo de tenacidad frente a la naturaleza devastadora. La Palma Real es el árbol nacional de Cuba, por su abundancia y utilidad en las zonas campesinas, pero amén de este tropo recurrente, el trovador debió motivarse al ver en la prensa de la época fotografías que mos-

traban, en prueba incontestable de los poderosos céfiros huracanados, palmas atravesadas por objetos inverosímiles, como una viga de pino, en las cercanías de Batabanó. Imágenes como la anterior avivaron la fantasía y pasaron a formar parte de las narraciones e imaginarios populares asociados a la tormenta, según cuenta el novelista Alejo Carpentier, quien oyó hablar de

una casa de campo trasladada, intacta, a varios kilómetros de sus cimientos: goletas sacadas del agua, y dejadas en la esquina de una calle: estatuas de granito, decapitadas de un tajo; coches mortuorios, paseados por el viento a lo largo de plazas y avenidas, como guiados por cocheros fantasmas. Y, para colmo, un riel arrancado de una carrilera, levantado en peso, y lanzado sobre el tronco de una palma real con tal violencia, que quedó encajado en la madera, como los brazos de una cruz (Carpentier, 1952).

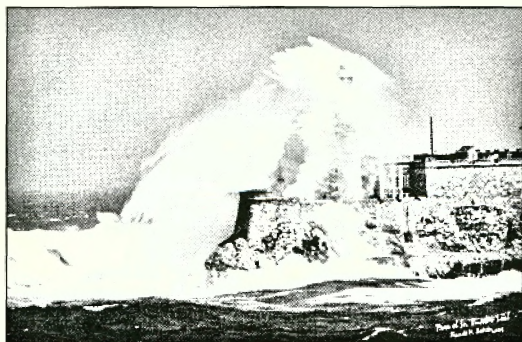
Sean o no reales esos relatos, lo cierto es que los vientos de un ciclón pueden provocar enormes daños en el panorama urbano, a los que se suman los de las intensas lluvias y penetraciones del mar que lo acompañan. La vigilia en espera del meteoro constituye una verdadera *cultura de resistencia* a los embates de la naturaleza. El historiador de la ciudad, Eusebio Leal, recuerda, en unas memorias sobre su niñez, cómo se preparaban los habaneros para esta singular “guerra avisada”, descripción que todavía conserva una alarmante actualidad:

Ante la gravedad de las circunstancias comenzaba el trasiego de botellas de luz brillante, velas y pabilo, pan y galletas, sardinas en aceite o tomate, según la preferencia, y una sinfonía creciente de martillos, clavos y “charranchas”. Corre-corre de cazuelas, calderos y bidones de agua, animado anticipadamente por el perfume de chocolate y café, mientras la pregunta clave volaba de casa en casa: “¿Qué usted cree, viene o no viene?” (Leal, 2007: 62).

En nuestros días, el ciclón es, junto al fuego, las inundaciones costeras y los derrumbes de inmuebles, la peor catástrofe que se cierne cada año

sobre La Habana, y en particular sobre su zona más antigua. Desde el célebre grabado de Miahle, que testimonió los estragos de la tormenta de 1846, hasta las imágenes recientes de olas gigantes que cruzan sobre la farola del Morro, el imaginario del huracán acompaña las más terribles pesadillas de una ciudad a merced de los elementos.

Fotografía 8. Olas del huracán Wilma sobre el Morro, año 2004



Fuente: Fototeca de la OHC

La ciudad renace también, después de cada tempestad, para mostrar sus galas arquitectónicas y los desafíos del deterioro. En La Habana, donde se hace realidad la exuberancia de su cultura mestiza, se vuelven a escuchar los pregones y canciones ancestrales, el aire marino se llena de olores exquisitos y otros no tanto, la gente camina, grita y gesticula, y el habanero sigue imaginando su ciudad como uno de los centros del universo.

Bibliografía

Barnet, Miguel (1999). "El pregón: un personaje anónimo de nuestro folklor". En *Autógrafos cubanos*. La Habana: ARTEX, S. A.

- Bianchi Ross, Ciro (2008). "Fritas". *Juventud Rebelde*, agosto 3, La Habana. [Versión electrónica].
- Careri, Gemelli (1981). "Viaje del autor hacia La Habana". En *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, Juan Pérez de la Riva. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Carpentier, Alejo (1952). "Presencia de la naturaleza". En *Letra y Solfa. Poética*, Editorial Letras Cubanas.
- Carpentier, Alejo (1993). *El Siglo de las Luces*. La Habana: Ediciones Unión.
- Carpentier, Alejo (2006). *Amor por la ciudad*. La Habana: Ediciones Unión.
- Chacón, Rafaela (2002). "Adoro mi ciudad". En *La Habana que va conmigo*, Mario Coyula (Coord.): 45-46. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Codina, Norberto (2006). "La Habana, entre la memoria y los sentidos". En *Caligrafía rápida*. Pinar del Río: Ediciones Loynaz.
- Dávila Orejón, Francisco (1663). *Excelencias del arte militar y barones ilustres*. Madrid.
- Félix de Arrate, José Martín (1964). *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta, noticias de su fundación, aumentos y estados*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.
- Fornet, Ambrosio (2002). "La Habana en Revolución fue para mi de trabajo incesante y vertiginoso". En *La Habana que va conmigo*, Mario Coyula (Coord.): 67. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- García Canclini, Néstor (1999). *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gorelik, Adrián (2002). "Imaginarios urbanos e imaginación urbana. Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos". *EURE (Santiago)*, vol 28, N° 83, mayo. Santiago de Chile.
- Greene, Ricardo (2008). "Imaginando la ciudad: revisitando algunos conceptos claves". *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos* N° 07, julio. Disponible en www.bifurcaciones.cl.

- Gutiérrez Lanza, M. (1934). *Ciclones que han pasado por la Isla de Cuba o tan cerca que hayan hecho sentir en ella sus efectos con alguna fuerza desde 1865 a 1933*. La Habana: Cultural S. A.
- Heredia, José María (2003). "En una tempestad". En *Obra poética*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Jameson, Francis Robert (1981). "Cartas habaneras". En *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, Juan Pérez de la Riva (Coord.): 50-51. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Jiménez, Guillermo (2002). "La Habana era ya una ciudad de primera en el siglo XIX". *La Habana que va conmigo*, Mario Coyula (Coord.): 50-51. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Leal, Eusebio (2007). "El ciclón". En *Fiñes*. La Habana: Ediciones Boloña.
- Mañach, Jorge (2000). *Estampas de San Cristóbal*. La Habana: Ediciones Ateneo.
- Millás, José Carlos (1923). "Huracanes que han afectado a Cuba desde 1494 a 1856". *Boletín del Observatorio Nacional de Cuba*, vol. 19.
- Orovio, Helio (2005). *El carnaval habanero: su música y sus comparsas*. La Habana: Ediciones Extramuros.
- Ortiz, Fernando (1946). *El Huracán. Su mitología y sus símbolos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz, Fernando (1965). *La africanía de la música folklórica de Cuba*. La Habana: Editora Universitaria.
- Ortiz, Fernando (1974). *Nuevo catauro de cubanismos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Ortiz, Fernando (1984). "La antigua fiesta afrocubana del Día de Reyes". En *Ensayos etnográficos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pérez de la Riva, Juan (1974). "Una Isla con dos historias". En *El Barracón y otros ensayos*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Pérez Jr., Louis A. (2001). *Winds of change: hurricanes and the Transformation of nineteenth-century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Viñes, Benito (1877). *Apuntes relativos a los huracanes de las Antillas en septiembre y octubre de 1875 y 1876*. La Habana: Imprenta El Iris.